



Sociedade e Cultura

ISSN: 1415-8566

brmpechincha@hotmail.com

Universidade Federal de Goiás

Brasil

Bachiller, Santiago

Un análisis etnográfico sobre las personas en situación de calle y los sentidos de hogar

Sociedade e Cultura, vol. 16, núm. 1, enero-junio, 2013, pp. 81-90

Universidade Federal de Goiás

Goiânia, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70329744009>

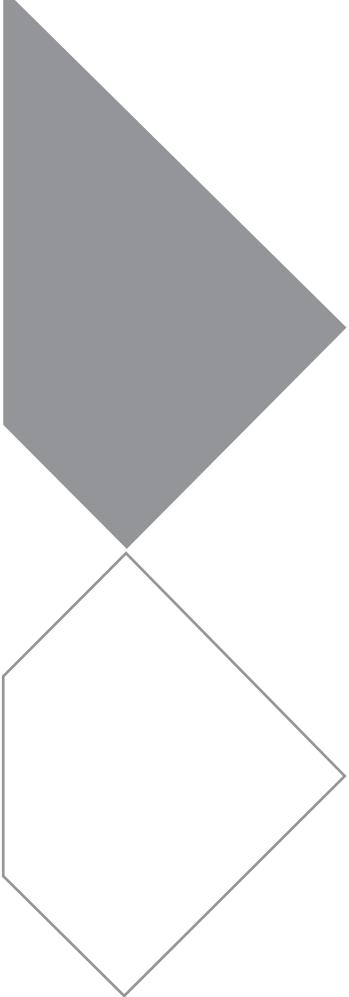
- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



# Un análisis etnográfico sobre las personas en situación de calle y los sentidos de hogar

Santiago Bachiller

Doctor en Antropología Social (Universidad Autónoma de Madrid);

Profesor Titular de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

[santiago.bachiller@gmail.com](mailto:santiago.bachiller@gmail.com)

## Resumen

A partir de un trabajo etnográfico realizado con personas que residen en las calles de Madrid, España, el presente artículo supone analizar los sentidos de hogar inherentes a las experiencias ligadas con habitar un espacio público. El concepto de hogar no es universal; por el contrario, en el trabajo de campo se detectaron variables centrales en la constitución de los múltiples significados de hogar –género, biografía residencial, etc. –. La socialización prolongada en la situación de calle es otro factor clave: hogar y calle son conceptos que se retroalimentan, los cambios que afectan a un término arrastran al otro. Asimismo, las prácticas y discursos de estos sujetos permiten problematizar dimensiones fundamentales en la conformación de los diversos sentidos de hogar: el hogar como espacio físico, como espacio social, como espacio identitario, como espacio “ideal”, como lugar de memoria o como espacio ideológico.

**Palabras clave:** personas en situación de calle, espacio, experiencia de habitar, hogar, calle.

## Introducción

“Quizá pueda volver a predicar. Esa gente sola por los caminos, sin tierras, sin hogar... Tienen que tener una especie de hogar, tal vez...” (STEINBECK, 2006)

El presente artículo es resultado de un trabajo de campo etnográfico con personas sin hogar; el mismo fue realizado entre 2005 y 2008 en distintos espacios públicos de Madrid, España. El objetivo general del texto consiste en analizar las representaciones y prácticas de lugar presentes en quienes se ven forzados a residir en la vía pública. En tal sentido, de gran importancia resulta examinar la trasmutación de un espacio abstracto a un lugar practicado (Augé, 2004; De Certeau, 1996), dinámica ligada con los procesos de apropiación y resignificación de ciertas porciones del espacio público por parte de estas poblaciones, en su pretensión de adaptar dichos sitios en función de sus necesidades. Asimismo, el objetivo específico del artículo supone indagar etnográficamente los significados de hogar que sustentan las personas en situación de calle<sup>1</sup>. La mayor parte del trabajo de campo se centró en un grupo de *homeless* que viven en una plaza céntrica de Madrid conocida como Ópera o Isabel II; no obstante, buscando mostrar la diversidad de sentidos que se inscriben bajo el término de “hogar”, en el artículo el análisis se extiende a otros informantes ajenos al grupo de Ópera.

1. En este trabajo los términos “personas sin hogar”, “personas en situación de calle” o “homeless” son tratados como sinónimos.

Estudiar los sentidos que las personas en situación de calle otorgan al hogar es importante por motivos epistemológicos y políticos. En primer lugar, permite reflexionar sobre la posición privilegiada que ocupa “el lugar” en la antropología contemporánea, ya sea a nivel etnográfico, metodológico o como categoría de análisis. En segundo término, al centrarse en una población cuya particularidad se identifica con verse forzada a residir en la vía pública, el artículo implica la posibilidad de problematizar la noción de hogar, un concepto fundamental para la construcción del sentido común –que, por lo tanto, tiende a ser naturalizada–. En tercera instancia, no es posible comprender la especificidad de los procesos de exclusión social que afectan a los *homeless* sin detenerse en los sentidos que la sociedad y ellos mismos inscriben en ese espacio primordial que es el hogar. A partir de la década de 1980, la mayoría de las interpretaciones sobre el fenómeno se articularon en torno a la variable residencial (Burt, 1993; Shlay; Rossi, 1992; Susser, 1996). Las perspectivas más recientes han criticado a las antiguas definiciones por limitarse a la falta de un techo, cuando el verdadero problema no sería la ausencia de un refugio, sino de un “hogar”; priorizando la experiencia del habitar, entidades como FEANTSA – sigla del *European Observatory on Homelessness* – impusieron el término “personas sin hogar” – en adelante PSH – como forma hegemónica de nombrar al fenómeno (Meert; Edgar; Doherty, 2004). El concepto de hogar se ha convertido en el punto nodal de las definiciones oficiales, por lo cual se torna imprescindible su análisis crítico (Glasser, 1999). Por último, la definición de hogar condiciona la cuantificación y caracterización de la población; consecuentemente, tras la misma subyace una dimensión política que no debe ser soslayada. Si limitamos la ausencia de un hogar a quienes duermen en la vía pública, la población censada será significativamente menor que si, en cambio, incluimos a quienes residen en casas tomadas o infraviviendas; una u otra versión modifica drásticamente la magnitud de las tareas que deberán realizar los gobiernos de turno. Además, las interpretaciones oficiales sobre qué es un hogar repercuten en la política de reinserción a priorizar – ¿a qué sujetos apuntarán estas políticas? ¿En qué espacio físico/social se intentará reinsertarlos?, etc. –.

El artículo ha sido organizado en base a cuatro apartados. El primero está dedicado al sentido de habitar en quienes residen en Plaza Ópera. En sus relatos sobre el hogar, estas personas suelen poner el acento en lo más básico. Así, el hogar es asociado con un espacio físico donde encontrar cobijo, sentirse seguros y confortables. En segunda instancia, para esta gente, el ho-

gar remite a un ámbito social: por sobre todas las cosas, se encuentra ligado con la dimensión familiar. No obstante, el trabajo etnográfico ha detectado la existencia de múltiples sentidos pugnando en la conformación de una definición de hogar. Tal como se sostiene en el segundo apartado, la noción de hogar no es universal, sino que se modifica de acuerdo a variables como la edad o el sexo. De tal manera, en dicha sección se amplían las representaciones del hogar, destacando diversos factores que ocuparon un lugar menos relevante en los discursos de quienes residen en Plaza Ópera, o que fueron resaltados por otras personas en situación de calle ajena al grupo: el hogar como espacio de memoria, como símbolo de estatus, como entorno de privacidad, como domicilio, etc. Indagando si los *homeless* consideran que el espacio social donde residen en la vía pública es su hogar, el tercer apartado supone otro modo de revisar los sentidos ligados al hogar. La mayoría de las PSH no dudan en afirmar que la calle no es su hogar. A pesar de ello, en la cotidianidad suelen personalizar el espacio donde residen. Es significativo que las prácticas y discursos asociados con dicha resignificación del territorio pasen por intentar asemejarlo a un hogar. Si bien tales esfuerzos nunca llevan a buen puerto, los mismos ilustran cómo, con el paso de los años, no siempre establecen con claridad el límite que separa a la calle del hogar. Por último, la conclusión supone una revisión de los principales puntos tratados en el artículo.

## Cuando se añora lo más básico: los significados de hogar en Ópera

De los relatos de los miembros de Ópera, queda claro que en primer lugar y por sobre todas las cosas, el hogar es un espacio físico asociado con el cobijo y el calor. Estos planteos aluden a un hogar como vivienda, como el sitio donde alguien fijó su domicilio, como una construcción material acotada arquitectónicamente (Feijoo, 1984; Pinilla, 2005). Luego de años durmiendo en la vía pública, esta función es la más invocada. La calle es un entorno tan duro que predomina la nostalgia de las sensaciones corporales. Se trata de lo más básico, lo más elemental, sin lo cual es prácticamente imposible lograr un equilibrio de espíritu, un mínimo de tranquilidad. El hogar pasa a ser sinónimo de un techo, un refugio, un bastión contra la lluvia y el frío que nos permite ser independientes frente a los caprichos climáticos.

Tratándose de personas que se sienten viejas y cansadas<sup>2</sup>, el hogar también es asociado a un espacio

2. El grupo de Ópera se conforma por hombres de nacionalidad española, con una edad promedio de 54 años –muy superior a la media española, fijada en los 37 años de edad–; el promedio de estadía en situación de calle también excede la media: 6,6 años en Ópera, 3,5 en España (INE, 2005).

físico donde sentirse seguros, un entorno controlado en oposición al mundo externo (Davidoff; Hall, 1994; Tomas; Dittmar, 1995). Allí nadie nos atacará durante la noche ni nuestras cosas corren tanto riesgo de ser robadas. Quien ha experimentado el miedo de percibir las agresiones físicas como un peligro omnipresente, puede testimoniar cómo la seguridad se materializa en una sensación corporal. Esa amenaza permanente, nunca completamente exorcizada, se traduce en un estrés que acompaña al individuo en situación de calle.

El estrés también remite a otros estímulos ambientales, tales como las luces y los ruidos de la ciudad. El hogar es el ámbito que nos aísla de los faros de los automóviles, las risas y gritos de los transeúntes, las bocinas de un autobús, factores que conducen a un fastidio constante, a una sensación de irritabilidad que el sujeto no logra gobernar. En contraste con la calle, donde el cansancio se acumula en el cuerpo, los integrantes de Ópera recuerdan el hogar como el sitio donde el sujeto puede relajarse y descansar. Quienes estudian este fenómeno social desde una perspectiva psicopatológica, suelen olvidar que muchos síntomas psiquiátricos desaparecerían con algo tan simple como el poder disfrutar de una cama cómoda y dormir sintiéndose seguro (Cabrera Cabrera, 1998).

Extendiendo la lógica del hogar como sinónimo de confort, es posible hablar del entorno privado como el sitio donde se realizan una serie de prácticas, de rituales que en nuestra sociedad juzgamos claves para nuestro bienestar. Al preguntar qué significa un hogar luego de la experiencia de calle, muchas personas mencionaron cuestiones tan sencillas, pero tan importantes como ver la televisión recostado en un sofá, cocinar, la sensación del contacto con unas sábanas limpias o darse una ducha caliente. Esta gente siente nostalgia de cosas que quienes disfrutan de un domicilio realizan con toda naturalidad. Como en cierta ocasión escuché: “si quieras saber lo que es la calle, prueba vivir una semana sin quitarte los zapatos, los calcetines”.

La segunda dimensión más destacada por estos hombres identifica el hogar como el espacio donde se despliega una serie de relaciones sociales fundamentales en la vida del sujeto. Asistiríamos entonces a la trasmutación de un espacio abstracto – una vivienda – a un lugar practicado – un hogar –, donde actividades y relaciones sociales específicas son vividas (Augé, 2004; De Certeau, 1996). Es decir, el hogar es representado como un espacio convivido, un sitio cuya significación emerge de la proximidad y comunicación, del compartir con otros, un ámbito marcado por las relaciones cara a cara con las sociabilidades primarias. De tal definición, basada en un sentido de pertenencia territorializado, se desprende una relación sinónímica entre hogar y familia nuclear. Así,

Bachelard (apud Acebo Ibañez, 1996) sostiene que, sin una familia, el hogar es solo una vivienda. El trabajo de campo lleva a afirmar que los miembros de Ópera en buena parte comparten estos preceptos.

Frases clásicas del mundo occidental, como “ calor de hogar”, “hogar, dulce hogar” o “amor de hogar”, señalan al hogar como un refugio que nos preserva frente a la hostilidad, anonimato, racionalidad y competencia que caracterizan al mundo exterior (Lofgren, 2003). En nuestra sociedad, el desarrollo más profundo de las afectividades ha sido reservado a la vivienda. Cuando los habitantes de la plaza Isabel II recuerdan con nostalgia la sensación de un hogar, pueden estar refiriéndose a jugar con un hijo, a un almuerzo familiar durante el fin de semana, etc.

Las depresiones, la falta de expectativas, el autoabandono, muchas veces responden a esa visión del hogar como el ámbito familiar perdido o que han sido incapaces de establecer. Es así que Pinilla (2005, p. 39) define el hogar como un estado del alma:

un rincón del universo donde el hombre encuentra su posibilidad estable de ser hombre, algo más que un espacio geométrico dentro del mundo. La casa remodela al hombre, dándole razones e ilusiones de estabilidad [...], sin ella, el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través del cielo y de las tormentas de la vida.

Las imágenes de las PSH como seres asociales y solitarios son falsas. En Ópera llama la atención la cantidad de horas que las PSH pasan juntas. Sin embargo, dicha compañía no siempre logra superar un sentimiento generalizado de soledad, existe un vacío que sus colegas nunca logran llenar. Y dicha sensación de angustia se explica por un presente que contrasta con lo perdido, que nos recuerda lo lejos que nos encontramos de ese espacio vital al cual llamamos “hogar” y que identificamos con la familia.

Por último, de los relatos de estos hombres llama la atención cómo, en muchas ocasiones, prima el ideal de hogar por sobre la experiencia residencial vivida. Dicha situación debería recordarnos que “el hogar no es solamente un problema de sentimientos y experiencias, sino también una construcción cognitiva e intelectual: la gente puede tener un sentido de hogar a pesar de no poseer una experiencia o memoria del mismo” (Somerville, 1992, p. 530). Al ser interrogados sobre el hogar, las respuestas suelen apuntar a los valores sociales hegemónicos, los cuales afirman que el hogar es un sitio maravilloso. Luego, a medida que la abstracción da paso a recuerdos puntuales, surge una imagen más próxima a la realidad donde el hogar también es identificado como el espacio de los conflictos y las tensiones familiares. Los años de calle parecen incidir en dicha reconstrucción del pasado

(Halbwachs, 1992): suele ocurrir que el recuerdo de los hogares donde el sujeto vivió es transformado, y hasta cierto punto glorificado, en función de las adversidades de un presente marcado por la calle como entorno residencial.

## Otras formas de significar el hogar

Los significados de hogar varían de acuerdo a las características de cada individuo y de los grupos de *homeless*. Una mujer, un joven o un inmigrante sin hogar, frecuentemente generan, proporcionan una visión diferente de la remarcada por los residentes de Ópera. En segundo lugar, si bien es cierto que cuando a los integrantes de la plaza Isabel II se les pregunta genéricamente por los significados de hogar responden apelando a lo más elemental, también lo es que al interrogarlos por cuestiones puntuales – como la privacidad – muchos reconocen el peso de tales dimensiones. Por consiguiente, el objetivo del presente apartado es el de mostrar la variedad de sentidos asociados con el hogar que fueron detectados en el trabajo de campo.

El hogar a veces es relacionado con la dominación, con el poder y la división sexual del trabajo. Algunos investigadores remarcan que, en un mundo organizado en torno a una lógica sexista, para los hombres la ausencia de un hogar suele ser asociada con una privación material y emocional. En el caso de las mujeres, debemos añadir la posible pérdida de su rol doméstico, una disruptión de las rutinas cotidianas que es vivida como una suerte de desempleo (Somerville, 1992). No obstante, la experiencia de más de un joven o de una mujer víctimas de violencia doméstica expresa lo contrario: el hogar a veces es representado como un ámbito de opresión tan injusto, que la calle es la única salida que estas personas imaginan en su búsqueda de mayor libertad (Mallet, 2004).

A lo largo de la investigación, me preocupé por indagar sobre la relación entre la falta de un hogar y la ausencia de privacidad e intimidad<sup>3</sup>. Lo cierto es que la gente de Ópera ubicó dicha dimensión en un segundo plano; este tema solo surgió y fue desarrollado ante preguntas directas. A pesar de ello, son innumerables las crónicas donde se menciona lo duro que es residir en un espacio abierto como la vía pública –por otra parte, en este tema parecen existir diferencias a nivel de género, pues las mujeres otorgaron ma-

yor peso a la definición de hogar en cuanto espacio de privacidad respecto de los hombres–. Muchos se preocuparon por remarcar la humillación de recostarse sobre el cemento; a veces las cajas de cartones son utilizadas no tanto para aislarse del frío, sino más bien de las miradas inquisidoras.

El hogar actúa como principal dispositivo arquitectónico a partir del cual controlamos las relaciones sociales, la interacción con quienes nos rodean (Castillo Castillo, 1995; Rapoport, 1981). Las puertas se convierten en el objeto que permite una delimitación espacial y simbólica entre el exterior y el interior, entre lo público y lo privado (Simmel, 1986; Bourdieu, 2003). El hogar supone un entorno donde recibir visitas; abriendo o cerrando la puerta de nuestras casas establecemos con quienes queremos entrar en contacto o estrechar vínculos. Dentro de ese espacio demarcado arquitectónicamente, podemos imponer nuestras reglas, somos libres y controlamos nuestra propia vida como en ningún otro sitio (Da Matta, 2002); como subraya más de un miembro de Ópera, se trata de uno de los pocos lugares donde nadie puede decirnos qué debemos hacer – aclaremos nuevamente que estas afirmaciones no necesariamente serían compartidas por una mujer o un joven sin hogar sometidos al autoritarismo paterno o conyugal –. Residir en la vía pública equivale a la dificultad por controlar el acceso al *self*.

En el artículo se sostiene como hipótesis que la exclusión de las PSH se liga con el carecer de un ámbito privado y la consiguiente imposibilidad de disfrutar de la propia sociabilidad con un mínimo de control, con la ausencia del entorno que nuestra sociedad ha reservado como el sitio ideal donde profundizar las relaciones sociales<sup>4</sup>. Vivir en pareja o gozar de la sexualidad, representa otra forma de exclusión inherente a la falta de un hogar en cuanto espacio de privacidad e intimidad. Para muchos, el sexo es un tema vedado. Por consiguiente, al carecer de un hogar, las PSH se ven obligadas a realizar las actividades destinadas al ámbito privado en una dimensión pública, y, de tal modo, rompen con la dicotomía público/privado. La particularidad de su exclusión remite al modo hegemónico en que se define el hogar: los juzgamos en función de lo que hacen en el ámbito público – las necesidades fisiológicas son las mayormente condenadas –, olvidando que no disponen de un sitio privado para satisfacer sus necesidades más básicas (Mitchell, 2003).

Altman y Chemers (1984) nos recuerdan que los grupos que carecen de dispositivos arquitectónicos

3. Altman y Chemers (1984, p. 77) definen la privacidad como un dispositivo de "control selectivo de acceso al *self*"; un proceso de regulación de límites interpersonales, por el cual una persona o un grupo gestiona la interacción con los demás.

4. Desde la psicología ambiental se argumenta que el bienestar de un individuo en buena medida depende del éxito en cómo se gestiona su privacidad (Altman; Chemers, 1984; Proshansky; Abbe; Kaminoff, 1983). El fracaso genera una situación de estrés ambiental, con consecuencias para la propia identidad y autoestima.

aptos para garantizar la privacidad personal desarrollan tácticas alternativas a través de la gestualidad, las formas verbales y corporales. Es posible mencionar una serie de ejemplos que van en tal dirección: cuando a Ópera llega alguien que cae antipático a un *homeless*, este opta por desplazarse a otro sitio; de modo similar, Sebastián me ha confesado que muchas de sus siestas se originan en tales circunstancias – entonces se recuesta en un banco y finge estar durmiendo –; el código que prescribe no preguntar por cuestiones personales responde a esta misma lógica, etc. Estas prácticas nos permiten afirmar que muchas de las situaciones que han sido descritas como “conductas psicopatologías” deberían ser entendidas como respuestas adaptativas al contexto de calle – a la ausencia de un hogar –, como una búsqueda vital por preservar un cierto control de las relaciones sociales y de la propia intimidad (Baxter; Hopper, 1981).

Si damos un nuevo paso en nuestro análisis, comprenderemos que el hogar también simboliza estatus (Duncan, 1981; Davidoff; Hall, 1994). El barrio donde se encuentra una casa, la forma en que ha sido decorada, los objetos que allí se acumulan denotan prestigio, nos permiten trazar un mapa mental en el cual ubicamos a las personas en una posición determinada del campo social (Rapoport, 1981; Bourdieu, 1999). El hogar no supone únicamente un sitio en el cual refugiarse, sino también un espacio a mostrar (Lofgren, 2003). Una biblioteca o los cuadros y fotografías retratan la pertenencia a determinados grupos sociales, valores y gustos personales (Tomas; Dittmar, 1995).

Residir en la vía pública implica una enorme cantidad de limitaciones, entre las que cabe destacar la imposibilidad de acumular objetos – en una sociedad de consumo, este tema resulta especialmente dramático. Ante el inicio de una situación de calle, resulta especialmente doloroso verse obligado a desprenderse de todas las pertenencias. Tales bienes simbolizan el esfuerzo de muchos años de trabajo, poseen una historia, han sido personalizados por sus dueños. De tal manera, las posesiones se convierten en parte de nosotros, son indicadores de la propia identidad. Es así que la pérdida suele ser vista como un golpe a la propia personalidad (Hill, 1991). Como escribe Piñilla (2005), la sensación de hogar implica instalarse y residir con las cosas que me rodean; no manipulo los objetos, sino que una parte de mi ser habita en ellos. Así, el peso que poseen ciertos bienes, la capacidad que tienen de ligarnos con determinado pasado, se manifiesta en los objetos que las PSH deciden llevarse a la calle (Liebow, 1993). En tal momento es preciso ser muy selectivo. En muchos casos la persona no escoge un bien por su utilidad, sino como una forma de aferrarse al propio pasado. Por lo general, la mayoría se decanta por las fotografías de algún ser querido. Se trata de auténticos mementos, símbolos que, frente a

todas las adversidades, nos recuerdan quiénes somos o cuando menos quiénes fuimos.

Es posible delimitar otra función o significado de hogar: la del domicilio. En nuestra sociedad, el empadronamiento en un municipio es un requisito previo para la existencia social. Tal es así que la invisibilidad de las PSH históricamente se ha visto reflejada en los censos de pobreza: en España, hasta el 2005, los mismos fueron organizados centrándose en las unidades domésticas, invisibilizando estas poblaciones. Pero la carencia de un hogar, entendido como un domicilio, representa otra serie de límites. A modo de ejemplo, ¿qué dirección dejar cuando se acude a una entrevista laboral buscando revertir el proceso de exclusión?

## La calle, ¿es tu hogar?

A la hora de ser interpelados sobre si consideran a la calle como su hogar, la inmensa mayoría de los *homeless* suele contestar negativamente: el hogar está en otro sitio y otro tiempo, es el recuerdo de lo perdido o la añoranza de lo que nunca se tuvo, sintetiza la amarga sensación de ausencia y vacío que predomina en estas personas. Más allá de las biografías residenciales, el término hogar despierta imágenes tan positivas que no pueden ser equiparadas con la calle.

No obstante, a los pocos días de ingresar en el proceso de calle, el sujeto comprende que debe reaccionar, y su respuesta en buena medida consiste en apropiarse lentamente de un territorio. Los procesos de “espacialización” suponen localizar física, histórica y conceptualmente las relaciones y las prácticas sociales en un sitio determinado (Lawrence; Low, 2003); en este caso, implican delimitar y personalizar una porción del espacio público, como es el caso de la Plaza Isabel II. Los grupos humanos buscan adaptar los entornos donde residen en función de sus necesidades; personalizar el espacio aporta un sentido de unicidad e identidad (Altman; Chemers, 1984; Proshansky; Abée; Kaminoff, 1983). Frecuentemente, las dinámicas de “espacialización” y personalización protagonizadas por las PSH apuntan a transformar el territorio buscando que, en lo posible, se asemeje a un hogar. Dichas tareas no deberían llamarnos la atención pues, en nuestra sociedad, el hogar es un espacio vital a la hora de moldear y reflejar la personalidad de un individuo (Duncan, 1981; Williams, 1988). Debido a las características de la vía pública, tales esfuerzos son incompletos, nunca llegan a buen puerto, son actividades frustradas y frustrantes. Así y todo, vale la pena destacar estas acciones encaminadas a “hogarificar” un espacio.

La decoración de los sitios representa un primer ejemplo de cómo el sujeto o el grupo intenta grabar

su identidad en el espacio y hacerlo más ameno para la vida cotidiana. A su vez, estas personas utilizan las cajas de cartones para delimitar el espacio apropiado durante las noches. Al interior de dicho escenario, el cartón es aprovechado para improvisar un armario donde guardar las pertenencias, o como mesa en torno a la cual se juntan a dialogar. Evidentemente, la voluntad por “hogarificar” un sector del territorio público se expresa con mayor fuerza en el plano discursivo. Quienes llevan un tiempo en la calle suelen apelar a metáforas, a la terminología asociada con el hogar para referirse a las actividades que realizan cotidianamente, a los espacios donde residen, o a las relaciones sociales que allí establecen. El hogar es un espacio de socialización tan fuerte en nuestras vidas que actúa como un marco interpretativo a partir del cual imaginamos buena parte del mundo social que nos rodea. Son numerosos los registros de campo donde una PSH me explica que debe marcharse a “hacer la cama” cuando se refiere a conseguir e instalar los cartones que la protegerán durante la noche, o donde me ofrece “pasar al salón” cuando en realidad me está proponiendo que traspase el muro de cartones y me siente a su lado para conversar. En las narrativas de estos hombres predominan los relatos donde el sujeto se refiere al grupo como una “familia” o un “matrimonio”, lo cual constituye otro ejemplo del proceso de “hogarificación” de la vía pública. Esto sucede incluso con quienes niegan identificar a la Plaza Isabel II como su hogar, o con quienes se muestran particularmente críticos frente a sus compañeros.

La vocación por “hogarificar” el territorio es equiparable a la lucha del Quijote contra los molinos de viento. La batalla está perdida de antemano, y ello es consecuencia de las características del espacio público y su distancia respecto de esa estructura arquitectónica a la que denominamos “hogar”. No obstante, los esfuerzos por personalizar el ámbito de residencia, intentando equipararlo al hogar, ilustran cómo, con el paso de los años, el límite que separa calle y hogar termina siendo difuso. En tal sentido, aunque sean una minoría, vale la pena analizar los casos en que los *homeless* proclaman que la calle es su hogar. Por lo general, se trata de personas con años de calle a cuestas y con una biografía residencial marcada por una fuerte desestructuración. Estas situaciones responden a un proceso de “atrincheramiento”, al acostumbramiento y la consiguiente dificultad por escapar del contexto de calle, lo cual implica la consolidación de la situación de calle (Grigsby et al., 1990; Rowe; Wolch, 1990).

Williams (1988) plantea que el hogar puede ser definido como una “estructura de sentimiento”. Con el uso de tal noción, esta antropóloga pretende dejar en claro que ciertos espacios, como sucede con el hogar, son vitales para la socialización de las per-

sonas. Las “estructuras de sentimiento” consisten en orientaciones subjetivas que se derivan de vivir en un lugar particular. Este concepto permite leer las representaciones sociales en función de cómo fueron experimentadas, posibilita la comprensión de los valores y significados que son vividos y sentidos por un grupo social en un sitio y período concreto. Pero las “estructuras de sentimiento” no suponen formas fijas, no deben ser interpretadas como experiencias cristalizadas en productos terminados. Por el contrario, se trata de procesos emergentes, experiencias sociales en curso. Para los *homeless*, no solo el hogar, sino también la calle puede ser definida en tales términos. La socialización en la vía pública transforma las percepciones, altera los significados de calle y de hogar. Más aún, hogar y calle son conceptos que se retroalimentan, los cambios que afectan a una de tales nociones arrastran a la otra. Con el paso de los años, la socialización prolongada en el entorno de calle dificulta las posibilidades de escapar del círculo de exclusión.

Por otra parte, y como vimos anteriormente, las dimensiones más básicas del hogar pasan por el espacio físico y relaciona. Asimismo, nuestra casa representa un punto fijo en un universo móvil, inestable (Anrubia Aparici, 2006); si el propio hogar aporta identidad, también es como consecuencia de mostrarse como un bastión frente al cambio. El punto es que muchas PSH afirman poseer un lugar y un grupo de referencia que otorgan un sentido de pertenencia, por lo cual más de un *homeless* rechaza las etiquetas que los califican como “sin hogar” (Tomas; Dittmar, 1995). Más aún, muchos incluso afirman que su actual “hogar” no es más voluble que las experiencias residenciales que tuvieron con sus parientes. En tal sentido, compartir un mismo escenario es un elemento clave en las redes de las PSH; dichos entornos y redes terminan adoptando la función del hogar en cuanto sostén de una continuidad espacio-temporal donde se desarrolla la propia identidad y autoestima (Rowe; Wolch, 1990). Grigsby argumenta que “a pesar de no tener una estructura física a la cual llamar *hogar*, los *homeless* pueden haber desarrollado un sentimiento de pertenencia a través de su afiliación con otras PSH” (Grigsby et al., 1990, p. 144). Ópera, para el grupo de PSH que allí reside, supone uno de los pocos puntos estables en sus vidas; es por ello que muchos representan a dicho espacio social en términos similares a un hogar.

La experiencia de calle deja marcas imborrables en quienes han pasado una temporada bajo sus dominios. De alguna que otra forma, muchos de los que han dejado de pernoctar en la vía pública vuelven a Ópera. Es el caso de Federico, quien al finalizar la jornada laboral, suele acercarse a la plaza a beber y compartir unas horas con los antiguos compañeros. Al preguntar el motivo de tales visitas, este hombre

responde con naturalidad: “porque aquí están los colegas”. Las relaciones sociales siguen circumscripciones a Ópera, por más que la persona ya no resida allí. Williams (1988) observa el mismo patrón en quienes han sufrido un desahucio. Esta antropóloga asocia los permanentes retornos al barrio del que han sido desalojados sus informantes como una búsqueda por reforzar los lazos sociales, como una forma de reconciliar los significados contradictorios de hogar. En definitiva, las modalidades de situación de calle y las formas de significar el hogar guardan relación con tener o no tener un espacio/grupo como referencia vital.

## Conclusión

A partir de un estudio etnográfico, el artículo ha girado en torno a las representaciones y prácticas espaciales de las PSH; priorizando los procesos de transformación de un espacio abstracto en un lugar vivido, el centro del análisis se localizó en los significados de hogar que sustentan las personas en situación de calle.

En primer lugar, indagar los significados de hogar en estas personas es clave para comprender un fenómeno social complejo como es la situación de calle. La cantidad y características de la población en situación de calle en buena medida dependen del modo en que definimos el hogar. Incluso las propuestas específicas de reinserción social se ven afectadas por el modo en que concebimos el hogar. De tal manera, la dimensión política es inherente a los debates acerca de qué es un hogar. Asimismo, examinar los sentidos de hogar facilita la delimitación de este fenómeno respecto de otras dinámicas de exclusión social. A modo de ejemplo, se ha considerado las consecuencias negativas que conlleva el vivir sin aquel espacio que las sociedades occidentales delimitaron arquitectónicamente en cuanto ámbito privado, reservando toda una serie de prácticas, relaciones y emociones a dicha esfera, y proscribiendo la expresión de las mismas en lo que es concebido como espacio público. Algo similar ocurre en cuanto a la imposibilidad de escapar de las dicotomías que impone el paradigma domiciliario. Las PSH no responden a la división tajante que delimita el hogar de la calle, sino que muestran una notable capacidad a la hora de plantear una línea de continuidad entre ambos polos. No obstante, el binomio casa/calle es central en la interpretación hegemónica del fenómeno, y dichos criterios de normalidad indefectiblemente interpelan a quienes residen en la vía pública. Es lo que se observó en los procesos de “hogarificación”: si bien los mismos no se limitan a un simple reflejo del ideal de hogar, sino que suponen formas alternativas de lugares practicados con sus

propios valores, la noción de hogar siempre termina permeando las prácticas y representaciones espaciales. Es decir, la idealización del hogar, definido desde el paradigma domiciliario, es una referencia ineludible; allí residen buena parte de los malestares que aquejan a estas personas.

En segunda instancia, en el relato de todos los informantes subyace un denominador común: el hogar es un espacio vital que actúa como marco interpretativo a partir del cual imaginamos buena parte del mundo que nos rodea. Dado que el hogar es tanto un espacio cargado de experiencias y sentimientos personales como una construcción cognitiva e intelectual, hay coincidencias a la hora de pensarlo como un ámbito que moldea las percepciones. Es decir, más allá de que se lo asocie con un entorno de armonía o como un escenario negativo, para todos los informantes representa un sitio de referencia, constituye un sistema de coordenadas que aplicamos al mundo para clasificarlo y orientarnos en él.

En tercera instancia, el hogar parece ser un término que funciona como un repositorio de ideas socioculturales complejas, interrelacionadas y a veces contradictorias, sobre los vínculos entre las personas, las relaciones con lugares y espacios, y los lazos con los objetos que lo habitan (Mallet, 2004). Más aún, al menos en las sociedades occidentales contemporáneas, no debemos pensar el hogar como una unidad aislada de significado, sino como un espacio cuya definición se retroalimenta con otras variables centrales en la vida social de los sujetos, como son el trabajo y la familia. Nuevamente, esta afirmación es válida para los diversos informantes, más allá de cómo los mismos valoricen el hogar.

Por consiguiente, y en cuarto lugar, los esfuerzos por encontrar un significado definitivo, una respuesta única a qué es el hogar, resultan insostenibles. El concepto de hogar no es universal; así, en el trabajo de campo se detectaron factores claves que inciden en el modo en que el mismo es significado. Los estudios sobre el hogar sostienen que dicha noción responde a variables como el género o la clase social (Löfgren, 2003; Glasser; Brigman, 1999; Somerville, 1992). Las representaciones sobre el hogar también cambian de acuerdo a la biografía residencial de cada sujeto. No opinará de igual modo quien perdió un hogar que quien nunca lo tuvo; como se sostuvo, para las mujeres que padecieron experiencias de violencia familiar, el hogar simboliza un sitio del cual queremos escapar. El tiempo de estadía en la calle es otro vector que incide en las definiciones. El significado de hogar no se fija en un tiempo pasado, sino que se encuentra en movimiento, depende de las experiencias de hogar previas, pero también de las vivencias residenciales en la vía pública. Luego de años de situación de calle, muchos sujetos adoptan una postura ambivalente

respecto de las nociones de calle y hogar, los términos tienden a confundirse en más de un relato. Y ello es así porque existe una relación de *feedback* entre hogar y calle por la cual, si uno de estos elementos sufre modificaciones, el otro nunca resultará inmune. Cuando uno se aleja del hogar, el movimiento en sí mismo ocurre con relación al hogar, alterando la constitución de su sentido. Consecuentemente, los límites entre hogar y lejanía, hogar y *self* son permeables (Mallet, 2004).

Finalmente, en el artículo se consideraron diversos ejes centrales en la constitución de los sentidos de hogar, presentes en los discursos y prácticas de las PSH, que a la vez coinciden con la manera en que la bibliografía académica tematizó al hogar (Glasser; Brigman, 1999; Meert; Edgar; Doherty, 2004; Somerville, 1992 etc.). El hogar ha sido pensado como un espacio físico – como vivienda –, como espacio social – ámbito de sociabilidad primaria –, como espacio identitario – sitio de distinción que permite la consolidación del *self* –, expresión de estatus social –, como un espacio “ideal” – el lugar soñado –, como lugar de memoria – remite a nuestros primeros recuerdos; se asocia con objetos que fueron personalizados. El hogar también ha sido retratado como un espacio ideológico; entonces, se criticó el carácter sociocéntrico de la mayoría de las concepciones vigentes sobre el mismo, las cuales dan por universal lo que en realidad responde a un modelo basado en la familia nuclear blanca, de clase media y heterosexual.

Con relación a lo recién afirmado y a modo de aclaración, es conveniente explicitar que muchas de los sentidos proporcionados en el artículo segura-

mente tendrán sus contraejemplos; no pretenden ser normas de validez universal, sino tan solo testimoniar los sentidos concretos que los informantes de un estudio etnográfico han asignado al hogar. Así, es evidente que en otras culturas no se verifica una confusión entre vivienda y hogar. Además, el hogar no siempre es un espacio de pertenencia con límites fijos e impermeables que responda a una clara demarcación adentro/afuera; ello es así pues el hogar se localiza en el espacio, pero no necesariamente en un punto fijo. Para las poblaciones nómadas, el hogar no se liga a un espacio privado que se diferencia de un exterior, sino que se identifica con las tierras y lugares donde moraron los antepasados (Rapoport, 1981). Del mismo modo, diversas investigaciones demostraron que la asociación entre el hogar y nociones como intimidad o privacidad se establecieron tardíamente, son resultado del proceso histórico de consolidación de la burguesía acaecida en occidente a mediados del siglo XVII (Lögfren, 2003). También es posible afirmar que los enfoques que retratan al hogar como espacio donde emerge el *self* deben ser relativizados en cuanto etnocéntricos (Mallet, 2004). En conclusión, a la hora de definir el hogar, no es posible hallar soluciones esencialistas, sino sentidos que varían histórica, cultural y contextualmente. Y ello guarda relación con un hecho destacado por la antropología más reciente: existen múltiples formas de convertir un espacio abstracto en un lugar vivido (Lawrence; Low, 2003). Para un investigador de la materia, el desafío es explicitar las tensiones en pugna constitutivas de los diversos sentidos que adquiere el hogar en cuanto categoría de análisis.

## Referencias

- ACEBO IBÁÑEZ, E. *Sociología del arraigo*. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad. Buenos Aires: Ed. Claridad, 1996.
- ALTMAN, I.; CHEMERS, M. *Culture and Environment*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- ANRUBIA PARICI, E. El dilema público-privado desde una antropología del espacio. En: Berenguer, R. B. (Dir.). *Vida pública, vida privada*. Valencia: Edicep, 2006. p. 223-238. (Colección Monografías, Derecho)
- AUGÉ, M. Los no lugares: espacios de anonimato. *Antropología de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- BAXTER, E.; HOPPER, K. *Private lives, public spaces: homeless adults on the streets of New York City*. New York: Community Service Society, 1981.
- BOURDIEU, P. Efectos de lugar. In: \_\_\_\_\_. (Dir.). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 119-123.
- BOURDIEU, P. The Berber house. In: LOW, S.;
- LAWRENCE-ZUÑIGA, D. (Ed.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Oxford: Blackwell, 2003, p. 131-141.
- BURT, M. *Over the edge: the growth of homelessness in the 1980s*. New York: Russel Sage Foundation, 1993.
- CABRERA CABRERA, P. *Huéspedes del aire*. Sociología de las personas sin hogar en Madrid. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 1998.
- CASTILLO CASTILLO, J. El hogar, un estilo de vida. *Revista Internacional de Sociología*, n. 12, p. 183-204, 1995.
- DA MATTA, R. *Carnaval, malandros y héroes*. Hacia una sociología del dilema brasílico. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 2002.
- DAVIDOFF, L.; HALL, C. *Fortunas Familiares*. Hombres y mujeres de la clase media inglesa. 1780-1850. Madrid: Cátedra, 1994.
- DE CERTEAU, M. *La invención de lo cotidiano*. 1 Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana, 1996.

- DUNCAN, James S. From container of woman to status symbol: the impact of social structure on the meaning of the house. In: \_\_\_\_\_. (Ed.). *Housing and identity: cross-cultural perspectives*. London: Croom Helm, 1981, p. 36-59.
- FEIJOÓ, M. Buscando un techo. Familia y vivienda popular. Buenos Aires: Cedes, 1984.
- GLASSER, I.; BRIGMAN, R. *Braving the street. The anthropology of homelessness*. New York: Berghahn Books, 1999.
- GRIGSBY et al. Disaffiliation to entrenchment: a model for understanding homelessness. *Journal of Social Issues*, v. 46, n. 4, p. 141-156, 1990.
- HALBWACHS, M. *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press, 1992.
- HILL, R. Homeless women, special possessions, and the meaning of home: an ethnographic case study. *Journal of Consumer Research*, v. 18, n. 3, p. 298-310, 1991.
- INE (Instituto Nacional de Estadística). Encuesta Sobre Personas sin hogar -EPSH. Disponible en: [www.ine.es](http://www.ine.es) Acceso: marzo de 2006).
- LAWRENCE, D.; LOW, S. Locating culture. In: \_\_\_\_\_. (Ed.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden: Blackwell Publishers Ltd, 2003, p. 1-48.
- LIEBOW, E. *Tell them who I am. The lives of homeless women*. New York: Penguin books, 1993.
- LÖFGREN, O. The sweetness of home: class, culture and family life in Sweden. In: LAWRENCE, D.; LOW, S. (Eds.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden: Blackwell Publishers Ltd, 2003, p. 142-159.
- MALLET, S. Understanding home: a critical review of the literature. *The Sociological Review*, s.l., 2004.
- MEERT, H.; EDGAR, B.; DOHERTY, J. Towards an operational definition of homelessness and housing exclusion. In: ENHR CONFERENCE, University of Cambridge, jul. 2-6, 2004.
- MITCHELL, D. *The right to the city: social justice and the fight for public space*. New York: Guilford Publications, 2003.
- PINILLA, R. Vivienda, casa, hogar: Las contribuciones de la filosofía al problema del habitar. *Documentación Social*, s.l., n. 138, p. 13-40, 2005.
- PIÑA CABRERA, L. *Calle y casa. La situación de calle como fenómeno de frontera*. Puerto Montt, avances para una comprensión desde sus actores. 2013. Tesis (Doctorado en Antropología) – Universidad de Tarapaca y Universidad Católica del Norte, Chile, 2013.
- PROSHANSKY, H.; ABBE, F.; KAMINOFF, R. Place identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, s.l., v. 3, p. 57-83, 1983.
- RAPOPORT, A. Identity and Environment: a Cross-cultural Perspective. In: DUNCAN, J. S. (Ed.) *Housing and identity: cross-cultural perspectives*. London: Croom Helm, 1981, p. 6-35.
- ROWE, S.; WOLCH, J. Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles. *Annals of the Association of American Geographers*, v. 80, n. 2, p. 184-204, 1990.
- SIMMEL, G. Puente y puerta. In: \_\_\_\_\_. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península, 1986.
- SHLAY, A. B.; ROSSI, P. Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness. *Annual Review of Sociology*, s.l., v. 18, p. 129-60, 1992.
- SOMERVILLE, P. Homelessness and the meaning of home. Rooflessness or Rootlessness? *International Journal of Urban and Regional Research*, s.l., v. 16, n. 4, p. 529-539, 1992.
- STEINBECK, J. *Las uvas de la ira*. Madrid: Alianza, 2006.
- SUSSER, I. The construction of poverty and homelessness in US cities. *Annual Review of Anthropology*, s.l., v. 25, p. 411-35, 1996.
- TOMAS, A.; DITTMAR, H. The experience of homeless woman: an exploration of housing histories and the meaning of home. *Housing Studies*, s.l., v. 10, n. 4, p. 493-515, 1995.
- WILLIAMS, B. *Upscaling Downtown: Stalled Gentrification in Washington Dc*. Ithaca: Cornell University Press, 1988.

## ***Uma análise etnográfica das pessoas em situação de rua e os sentidos de casa***

### **Resumo**

A partir de uma etnografia realizada com pessoas que vivem nas ruas de Madrid, Espanha, o artigo busca analisar os sentidos de casa inerentes à experiência de habitar um espaço público. O conceito de casa não é universal, pelo contrário: no trabalho de campo foram detectadas variantes centrais na constituição dos múltiplos significados de "casa" – gênero, biografia, residência etc. A socialização prolongada na situação de rua é outro fator-chave: casa e rua são conceitos que se retroalimentam, as mudanças que afetam um termo refletem-se no outro. Também as práticas e discursos desses sujeitos permitem problematizar dimensões fundamentais na conformação dos diversos sentidos da casa: a casa como espaço físico, como espaço social, como espaço identitário, como espaço "ideal", como lugar de memória ou como espaço ideológico.

Palavras-chave: pessoas em situação de rua, experiência de habitar, casa, rua.

## ***An ethnographic study on street people and home senses***

### **Abstract**

Starting from an ethnographic work carried with street people in the city of Madrid, Spain, this study attempts to analyze the sense of “home” that derives from the experiences of inhabiting a public space. The concept of “home” is not universal, on the contrary, in our fieldwork we traced central variables in the constitution of multiple meanings of home – genre, residential biography etc. The prolonged socialization process of the situation of street people is other key factor: home and street are concepts that interact, the changes that have an effect on one term, affect the other as well. In addition, discourses and practices of these subjects allow to problematise fundamental dimensions in the constitution of diverse senses around “home”: home as an objective space, as social space, as identity space, as an “ideal “space, as a memory location, or as ideological space.

Key words: homeless, space, the experience of inhabit, home, street.

Data de recebimento do artigo: 30/01/2013

Data de aprovação do artigo: 16/05/ 2013